

## ***La ciudad, creación histórica (1)***

**María Zambrano**

La historia humana llega a serlo verdaderamente cuando ofrece algo que trasciende de los acontecimientos, de los hechos por importantes que sean, cuando crea algo. Y crear no es lo mismo que producir, aunque en toda humana creación subsista siempre un rastro o un residuo de producción. Lo producido es ciertamente un resultado de una intención, aún de una voluntad, pero es eso: un resultado en cierto modo previsto de una acción conjugada con las circunstancias. Mientras que la creación va más allá, añade algo nuevo, positivo, impensable un instante antes de que aparezca y que una vez aparecido se da a ver como esencial. Algo necesario y al par milagroso.

Lo que es solamente producto se extingue en un tiempo no menos largo; lo que es creación perdura y, todavía más, es fuente de creación ilimitada. Es como si se tratase de una segunda vida, que como vida coloniza espacios lejanos, y en ellos nace de nuevo fiel a su forma esencial, mas con forma diversa y prodigiosamente múltiple. Pues que la vida es unidad que se vierte en incontable multiplicidad de formas de vida, de individuos, de personas.

Pocas cosas hay en la humana historia que tengan más carácter de creación que la ciudad. Es diversa del Estado, pues que ha habido ciudades, las más perfectas y ejemplares, que han sido a la vez estados y han existido otras que solamente han vivido como ciudades y a veces sede de un estado o de un reino.

La ciudad es lo más creador entre las estructuras de humana convivencia por serlo en sí misma, y por haber sido a su vez el lugar donde las creaciones del espíritu humano se han dado, como una planta que en ciertas ciudades especialmente brotara. A guisa de ejemplo, se puede recordar todo lo que en el orden de las artes, incluido el arte de gobernar, dio al mundo la ciudad de Florencia, en la ciencia, en grandes hombres nacidos en ella o en sus contornos, como Dante, Leonardo, Boticelli, Miguel Ángel, Galileo, Maquiavelo, y el extraordinario, original gobernante que fue Lorenzo el Magnífico, para no citar sino a los más universalmente conocidos de sus hijos.

Una ciudad es también una arquitectura, un hablar, unas tradiciones religiosas y profanas, unas costumbres, un estilo y hasta una cocina: un orbe entero que lo contiene todo; un sistema de vida. Un lugar privilegiado, una luz que le es propia, un paisaje.

Y es también una ciudad un rumor que resuena por plazas, por calles; unos silencios que se estabilizan en lugares en donde nada puede romperlos; un tono en las voces de sus habitantes y una especial cadencia en su modo de hablar; una altura en los edificios y un modo de estar plantada en el lugar que le es propio. Y así hay ciudades horizontales paralelas al horizonte que se ensancha mirando desde ellas, y ciudades que se alzan como torres, lo que sucede independientemente de la altura efectiva que alcancen sus construcciones. Y así sucede igualmente con los monumentos, hay una Plaza en Córdoba, ciudad horizontal si las hay, donde un crucifijo de piedra llamado "el Cristo de los faroles" se alza alta, absolutamente alta, hacia el cielo, lo que no puede ser atribuible a la modesta dimensión de ese sencillo monumento.

La ciudad se modula entre cielo y tierra revelándolos a los dos, poniéndolos en relación, conjugándolos. De ahí la tristeza de la mayor parte de las extensiones urbanísticas de hoy que son simples conglomerados donde el hombre se aloja, pero no puede albergarse. Pues que no se vive en una casa sino en una ciudad. Y esto: que el hombre viva en una ciudad ante todo y no solamente en una casa, parece ser que se haya olvidado. No se trata de un simple olvido pues que el mecanismo del olvido obedece a ciertas leyes. No es propiamente la memoria lo que habría que explicar, es el olvido lo que pide ser explicado, como sucede en el amor. Y esto viene a ser amor, fe. Todo lo que es creación humana hunde en el amor y en la fe sus raíces.

Y así parece lícito preguntarse si acaso no será que se haya perdido la fe en la ciudad, aunque las ciudades, los pueblos existan. Pero no como antes, es decir: que la ciudad de hoy venga a ser un resultado, un "producto" y no una creación, según la distinción que señalábamos al comienzo de estas líneas.

Raramente hoy surgen ciudades; lo que se edifica son extensiones urbanas, urbanizaciones. Se comienza, esto, como se comenzaba en la ciudad antigua, por acotar un terreno o por aprovechar uno que ya estaba poblado, pero se hace con un interés muy diferente. La ciudad antigua era un espacio sacralizado, una especie de expresión de un voto, es decir: de una fe y de un amor. Tenía ante todo y antes que nada un centro y unos límites. En la ciudad mediterránea se trazaban dos grandes calles principales en cruz y así formaban los cuatro barrios de la ciudad que venía a ser prácticamente un círculo con sus murallas. Era la ciudad ante todo un templo. Pues que templo es el lugar donde el hombre por el solo hecho de estar en él, se siente entre cielo y tierra, en su sitio; en el lugar del hombre en el cosmos, usando la afortunada expresión del filósofo hebreo alemán Max Scheler, título de uno de sus libros. Buscar el "lugar del hombre en el cosmos" es buscar un templo. Un lugar donde el hombre, conservando su soledad, está en comunicación y en compañía. Que sin soledad y compañía el hombre está desquiciado. Y ahora en las extensiones urbanas, producto del ocaso y de una, desde luego, laudable voluntad de dar a los hombres un alojamiento sano y confortable, el hombre se siente no solo, sino aislado. Le falta el centro; el sentirse ser miembro de una ciudad que tiene una función creadora, que tiene un honor al cual la vida misma se debe. Falta el contenido moral y en amplio sentido religioso. La ciudad antigua por sí misma era una religión y al serlo era una inspiración. Y espero que no entienda el lector que esto quiere decir que haya que implantar obligatoriamente el culto a una determinada confesión religiosa; que haya que renunciar al bien supremo del respeto a las diferencias de confesiones y, naturalmente, de razas. En este punto no es posible volver atrás. No; la cuestión no es renegar de la "democracia", sino cumplirla. En aquellas maravillosas ciudades con barrios inmundos, gentes condenadas de por vida a la humillación y al hambre; injusticia; esclavos en una u otra forma. La cuestión, el empeño es eliminar todo eso y crear centros, ciudades verdaderas. Ciudades nuevas ciertamente, donde resplandezca un orden, una armonía, en cuyas entrañas no se esconda la miseria y la humillación; donde no haya palacios en cuyas mazmorras giman los condenados bajo el rumor de la fiesta; donde no haya lugares donde bárbaramente o con procedimientos asépticos, dé la muerte y se torture. Sí, puede parecer un sueño. Pero sueños han movido en parte la humana historia. El caso es soñar bien; soñar con la conciencia despierta.

(1) En *Aurora. Papeles del "Seminario María Zambrano"*, nº 3, Barcelona, 2001, pp. 140-141. Artículo publicado en *Semana*, Puerto Rico, 22 de abril de 1964.